

el general Moncalm, que estaba acampado cerca de Ticonderoga con tres mil hombres de tropas de línea y mil y doscientos Canadenses ó salvajes. Esta posición la tenían atrincherada por medio de una estensa línea de maderos, y el día 8 de julio de 1758 fué vivamente atacada y repetidas veces cargada por los Ingleses, sin que jamás pudiesen forzarla; antes los Franceses salieron de su campamento, tomaron la ofensiva contra Abercrombie, y derrotaron su division que retrocedió desordenadamente, con pérdida de cuatro mil hombres, muertos y prisioneros.

Apesar de este descalabro, los Ingleses tenían todavía la superioridad numérica y podían formar otras empresas. El coronel Bradstreet fué destacado hácia el lago Ontario, llegó á su extremo oriental, y atacó el fuerte de Frontenac, del que se apoderó en 27 de agosto, quedando con ello cortadas las comunicaciones del Canadá inferior con los grandes lagos; hallaron los Ingleses en el arsenal mucha cantidad de armas y municiones, destinadas á las tropas francesas que ocupaban las riberas del Ohío. Luego dirijieron otra expedición contra el castillo del Quesne, que ya no podía recibir socorros del Canadá. Pero antes de atacar esta plaza habían tratado los Ingleses de separar de la Francia á los Delaware, Shawaneses, Mingoos y otras naciones indianas inmediatas al río; ya el año anterior se había concluido en Easton un tratado de paz entre los Pensilvanos y Delaware, cuya buena disposición predispuso á las demás tribus á reconciliarse. Encargóse esta importante misión á un hermano moravo llamado Federico Post, oriundo de Alemania y hombre muy sencillo y religioso, el cual había vivido por espacio de diez y siete años con los Indios Mohicans, con el fin de convertirlos á la religión cristiana; y aunque sin letras, la fuerza de su raciocinio, lo persuasivo de su lenguaje, y el exacto conocimiento que tenía de las costumbres y cosas de los Indios, le daban mucho ascendiente sobre ellos. Salíó

de Filadelfia el 15 de julio de 1758, tomó guías y una escolta en Bethlehem, que era cabeza de los establecimientos de los moravos, y dirijiéndose hácia el oeste, llegó por fin á las riberas del Monongahela. Estaba con él el jefe de la nación Delaware, que deseaba que todos los Indios, desde donde se levanta hasta donde se pone el sol, no formasen mas que un cuerpo, y que fuesen todos animados del amor de la paz; envió mensajes á todas las tribus circunvecinas, invitando á sus caudillos á que viniesen á reunirse con él en torno del fuego del consejo, y á fumar juntos en la pipa de la amistad (véase la lamina 36).

A la embajada de los Delaware se reunió una diputacion de Shawaneses y otra de Mingoos, y juntos se trasladaron cerca del castillo del Quesne, del que solo les separaba el alveo del río, y lograron hacer venir á una conferencia á los jefes Indios que se hallaban en la plaza. El comandante francés, aunque temiese los resultados de aquella entrevista, no podía impedirlo, y se contentó con que algunos oficiales asistiesen á ella por su parte. Federico Post esplicó en estos términos el objeto de su misión: «Nos hallábamos separados de nuestros hermanos los Alleghanys por estar cerradas las vías que antes nos unian, pero hemos vuelto á abrir esas vías para venir hácia vosotros, y os saludamos con toda la efusion de nuestro corazón. El espíritu maligno había introducido entre nosotros la envidia y la desconfianza; invoquemos el auxilio del benigno espíritu, para que haga revivir en nuestros corazones el amor que unia á nuestros mayores. Doce meses han trascurrido desde que hicimos la paz en Easton con los Delaware y otras diez naciones: entónces pedimos á Dios que tuviese piedad de nosotros, y que ocultase los huesos de los hombres que murieron en la guerra, de modo que jamás pudiesen encontrarse, y que el recuerdo de nuestras discordias quedase para siempre borrado de nuestra memoria y de la de nuestros hijos y de nuestros nietos.

El hacha está sepultada, no tratemos de volverla á levantar y renovar nuestras heridas. Van á llegar á esta comarca muchos guerreros ingleses, pero no para pelear contra vosotros, sino contra los Franceses; yo os tiendo mi mano para separaros de ellos. Os consideramos como á hijos del mismo país que nosotros, y es de nuestro deber mirar por vuestra seguridad; por esto os invitamos á que os retireis y vivais tranquilamente lejos del peligro, con vuestras mujeres y vuestros hijos.»

Después de haber oído las proposiciones que se les hicieron, los Mingoos y Shawaneses prometieron que deliberarian sobre ellas, y algunos dias después declararon que accedían á las condiciones de la paz, convenida anteriormente con los Delaware. Desempeñada su misión, se separó Federico Post de las riberas del Ohío el 27 de agosto, y regresó á Pensilvania para dar cuenta del buen éxito que había conseguido.

En 25 de octubre, este enviado se puso otra vez en camino para las mismas riberas; pero esta vez sus negociaciones iban á ser sostenidas por un ejército que con el general Forbes se dirijia contra el castillo del Quesne, y que ya había atravesado los Apalaches y establecido su campamento cerca del *Laurelhill*, cuando llegó allí Federico Post. Diósele una escolta de cien hombres, con la cual siguió el camino que guiaba al Ohío, adelantándose enseñada por el valle de *Beaver-Creek* para llegar al país de los Shawaneses, que se extendía hasta el Scioto; cuyos Indios acababan de recibir un mensaje del comandante del castillo del Quesne, que les invitaba á unírsele sin demora, para marchar juntos contra los Ingleses. Ya estos guerreros habían mudado de opinión, y se negaron á irle á auxiliar; y viéndose sucesivamente abandonado de las varias tribus y sin esperanzas de poder defender la plaza, tomó el partido de evacuarla y esperar refuerzos en otra parte.

Súpose, en 25 de noviembre, que los Franceses se habían marchado del castillo del Quesne después de ha-

ber destruido los atrincheramientos, que su comandante se había dirijido con doscientos hombres á Venango, situado entre esta fortaleza y el lago Erié, que los demás se habían corrido río abajo con intencion de fortificarse en sus orillas, y que el general Forbes había entrado, sin disparar un tiro, en aquella plaza arruinada y abandonada, donde dejó una guarnición con encargo de ponerla otra vez en estado de defensa.

Entónces pidieron los Ingleses á los jefes de los Indios que no permitiesen que los Franceses formasen por allí establecimiento alguno, y los Indios parecieron dispuestos á rechazarlos; pero querían que tambien se alejaran los Ingleses, y un anciano les habló de este modo: «Todas nuestras naciones están unidas para defender los lugares donde cazan los Alleghanys, y no permitir que ningún extranjero venga á establecerse en ellos. Si os retirais á la otra parte de las montañas, tendréis todos los Indios de vuestro partido; pero si os empeñais en estableceros aquí, todos se levantarán contra vosotros, y temo que vuelva á encenderse la guerra para no acabarse jamás.» Poco satisfechos los Ingleses de esta disposición, intentaron hacerla variar; pero no hubo medio de conseguirlo.

Hemos descrito con alguna estension la expedición dirijida contra el castillo del Quesne, para hacer ver que fué favorecida por la defección de todas las tribus indianas que hasta entónces habían auxiliado á los Franceses. La pérdida de esta plaza, que mudó el nombre en el de Pittsburgo, trajo consigo la de los demás establecimientos que habían formado los Franceses en las orillas del Ohío y sus afluentes.

En esta ocasion vióse cuán valedosos eran los Indios en sus aliauzas, inclinándose siempre á favor del partido favorecido por la fortuna. Los Ingleses supieron hábilmente aprovecharse de la influencia de algunas tribus, para cambiar las disposiciones de las demás y segregarlas de los intereses de la Francia; pero al mismo tiempo pudo conocerse que todos aquellos Indios, de inclinacione-

tan volubles, eran por lo menos unánimes en su amor á la independencia, y que si solicitaban la amistad de una nacion europea, era con la esperanza de libertarse luego de su tutela y no tener en medio de su territorio ningun establecimiento suyo. Repetidas ocasiones tendrémos para demostrar la jenerosidad de su ánimo y los esfuerzos que hicieron para no dejarse avasallar.

La campaña de 1759 se abrió con una expedicion marítima que hizo la Inglaterra contra las posesiones francesas de las Antillas. En 16 de febrero, desembarcaron en la Martinica ocho mil Ingleses; pero el jeneral de Beauharnais, que acababa de llegar allí como gobernador, marchó contra ellos al frente de las tropas y los colonos, y les obligó á volverse á embarcar con pérdida de ochocientos hombres. Entónces la escuadra inglesa, mandada por Moore, se dirigió hácia la Guadalupe, cuya capital, que era la villa de Basse-Terre, fué abandonada por los habitantes; estos se retiraron á otras posiciones fortificadas, y capitularon despues de tres meses de resistencia, sin que pudiesen llegar á tiempo los socorros que les llevaba una escuadra francesa, mandada por Bompard. La rendicion de esta isla acarreó la de la Desada y de María-Galante.

La penosa guerra que la Francia tenia que sostener en Europa, la reducía á concretar sus expediciones marítimas á algunos armamentos incompletos; y queriendo economizar una parte de sus fuerzas navales para tenerlas de reserva, presentábase en la lid con desventaja, al paso que su marina se iba arruinando en detalle, sin ofrecer á las colonias los medios de proteccion de que hubiera sido susceptible.

Los habitantes redoblaron de esfuerzos para inquietar siquiera al comercio británico, multiplicando los armamentos en corso; pero los perjuicios que causaban al enemigo no eran bastantes para contrarrestar sus empresas militares. Adelantábanse sin cesar los preparativos para invadir el Canadá; y como las principales fuerzas que debian proteger esta co-

lonia se hallaban á la sazón al medio día del rio san Lorenzo y hácia el lago Champlain, los Ingleses trataron primero de apoderarse de las posiciones que aun ocupaba el marqués de Montcalm. No quiso este jeneral esponer en un primer encuentro las tropas que le quedaban; y sabiendo que una escuadra inglesa habia penetrado en el golfo de san Lorenzo, para remontar el rio y poner sitio á Quebec, determinó volar al socorro de la capital, abandonando los atrinchamientos de Ticonderoga y evacuando el fuerte de la Corona, sin dejar mas que un destacamento al mediodía del lago Champlain, el cual se fortificó en la isla *Aux-Noix*, y quedó encargado de interceptar la línea de navegacion entre el lago Champlain y el rio san Lorenzo.

Para poner en claro los acontecimientos militares, que iban á decidir de la suerte de Quebec, es necesario tener presente su situacion y la de los demás lugares que iban á ser teatro de la guerra. Está situado Quebec en la orilla septentrional del rio san Lorenzo, en el punto en que este rio se estrecha abruptamente y solo tiene una milla de ancho: la ciudad alta ocupa un terraplen que se junta con la cordillera de las colinas de Abraham, y los flancos del peñasco sobre que está edificada son escarpados por todos lados: la ciudad baja se estienda al pié de este peñasco, sobre un terreno de aluvion, producto de las aguas del rio. Al oriente de Quebec se ve la playa de Beauport, separada de la ciudad por el rio san Carlos, y terminada en el otro extremo por el rio y salto de Montmorency. Encuéntrase al occidente de la plaza, rio arriba, el cabo del Diamante, las ensenadas *des Mers* y *aux Foulons*, el lugar de Sillery, el cabo Rojo, donde terminan las montañas de Abraham, luego se llega á la punta *aux Trembles*, y últimamente al fuerte de *Jacques-Cartier*, cuya posicion dista siete leguas de la capital.

Los que navegan rio arriba, en el san Lorenzo, con direccion á Quebec, pasan entre la isla de Orleans y la orilla meridional del rio, y luego doblan la punta Levis que sale de la

misma orilla y forma el estremo de la costa Lauson, donde pueden establecerse baterías contra la ciudad baja.

Las principales operaciones de la campaña tuvieron lugar en las varias posiciones que acabamos de describir. La escuadra inglesa que estaba encargada de la expedicion contra el Canadá, venia dirigida por el almirante Saunders, y las tropas, en número de diez mil hombres, estaban á las órdenes del jeneral Wolf. En 29 de junio de 1759, desembarcó una parte del ejército al estremo occidental de la isla de Orleans, y luego saltaron á tierra otras dos divisiones, la una hácia la punta de Levis, y la otra cerca del salto de Montmorency; de suerte que el ejército inglés se hallaba dividido en tres cuerpos situados á algunas millas de distancia unos de otros, y al principio hubo indecision acerca del punto principal del ataque.

Las tropas francesas, cuyo objeto era cubrir la capital, se acamparon en la llanura de Beauport: Montcalm tenia el mando del ejército; pero habia de concertar sus operaciones con el marqués de Vaudreuil, gobernador del Canadá, que tambien tenia el cuartel jeneral en el campamento.

Las baterías inglesas, establecidas en las alturas de Lauson, rompieron un vivísimo fuego el 12 de julio, y sus bombas pronto tuvieron arruinada una gran parte de la ciudad baja. El 31 del mismo mes atacaron los Ingleses el ala izquierda del campo francés, inmediata al salto de Montmorency; pero fueron rechazados con pérdida de setecientos hombres, con cuyo motivo tuvieron que abandonar sus proyectos de ataque contra este punto, reforzando el cuerpo que habian establecido en las alturas de Lauson, y colocando otros destacamentos en barcas ligeras propias para remontar el rio; estos hicieron repetidos desembarcos parciales en diferentes puntos, con la mira de talar las campiñas circunvecinas, llamar por este lado la atencion de las tropas francesas y cansarlas con una larga serie de marchas y contramarchas. Efectivamente fué

indispensable destacar un cuerpo de dos mil hombres para cubrir aquella parte de la playa, cuya fuerza se puso á las órdenes de Bougainville y se formó de la flor de los soldados del ejército, por considerarse que era el puesto mas peligroso. Este jefe estableció su cuartel jeneral en el lugar de Sillery, distante tres leguas, colocando una línea de reductos y centinelas en los puntos intermedios que podian ser amenazados, y así es que por mucho tiempo se observó y siguió con bastante vijilancia todos los movimientos de los Ingleses, para que no efectuasen desembarco alguno.

Pero habiendo finalmente los Ingleses reunido hácia la punta de Levis todas sus embarcaciones y tropas, verificaron en la noche del 12 al 13 de setiembre un desembarco en la orilla izquierda del rio, en paraje tan escarpado, que por ser tal, era mas débilmente guardado. Sorprendieron el primer apostadero, pasaron á cuchillo muchos centinelas, cercaron las posiciones inmediatas, y, abriendo la marcha algunos granaderos á las tropas que iban sucesivamente desembarcando, lograron conducir un cuerpo de cuatro mil hombres hácia las alturas de Abraham. Como este movimiento se habia ejecutado de noche, hasta que á la madrugada se dispararon algunos tiros, no tuvieron noticia de él en la plaza: luego se divisó el ejército inglés formado en batalla, y las tropas del campo de Beauport, que eran las mas inmediatas al rio san Carlos, fueron apresuradamente á tomar posicion entre las murallas y el enemigo. Otros cuerpos siguieron este movimiento; pero no fué jeneral, porque el marqués de Vaudreuil detuvo en el campo un cuerpo de mil y quinientos hombres, para tener aquella posicion á cubierto de un desembarco.

Eran las ocho de la mañana cuando Montcalm se hallaba al frente de los Ingleses con tres mil hombres formados en batalla; las tropas de línea ocupaban el centro, y en los flancos se hallaban los Canadenses; algunos pelotones que formaban fue-

ra de la línea de batalla, rompieron un fuego de guerrilla antes que las masas se pusieran en movimiento.

Durante este intervalo, Montcalm mandó traer de la plaza algunas piezas de artillería y municiones; y creyendo que Bougainville iba á llegar con su cuerpo del cabo Rojo, difería empeñar una acción general hasta recibir aquel refuerzo. Pero viendo que no comparecía, y observando que los Ingleses iban recibiendo á cada momento nuevas tropas de desembarco, llamó á consejo á los principales oficiales, y se resolvió que se atacase inmediatamente al enemigo, antes que recibiese mas refuerzos. Los dos ejércitos se hallaban á tiro de pistola; hubo repetidas cargas, y el choque fué bastante mortífero para que en unas y otras filas hubiese algun desorden; pero los Ingleses, superiores en número, habían formado dos líneas, para que, en caso de quedar rota la primera, pudiesen replegarse por los claros á retaguardia de la segunda, en vez que los Franceses habían tenido que formarse en una sola línea para oponer un frente igual á los contrarios, y para ellos un movimiento de confusión era irreparable.

Las dificultades de un terreno obstruido de bosques y abrojos estorbaban que las dos alas del ejército francés avanzasen con paso igual á las tropas del centro, las cuales no tardaron en verse empeñadas solas. El comandante en jefe Montcalm y su segundo Sennezergue, guiaban y animaban la carga; pero el primero fué herido mortalmente por un tiro que le entró en los riñones, y el segundo quedó muerto en el sitio, cuyas desgracias ocasionaron la retirada de sus tropas. Aprovechándose los Ingleses de esta primera ventaja, y del desorden de un ejército que ya no tenía punto de reunión y que en aquellas circunstancias no podía haber reconocido un nuevo jefe, acosaronle en su fuga y pusieronle en nuevo desorden. Montcalm fué transportado á la ciudad en una camilla compuesta con algunas armas, y en las doce horas que le quedaban de vida mostró la mayor serenidad, tra-

tó de consolar á sus amigos, llenos de aflicción, y manifestó que tan solo sentía las desgracias de su ejército. El general Wolf no pudo gozar de su triunfo, porque también fué muerto; de modo que los comandantes de ambos ejércitos tuvieron igual suerte.

La noticia del desembarco de los Ingleses había llegado, de apostadero en apostadero, hasta el cabo Rojo, y Bougainville había abandonado precipitadamente su posición para acudir á las alturas de Abraham; pero supo antes de llegar al campo de batalla que ya estaba decidida la acción, y se vió precisado á replegarse con las tropas que le seguían. El marqués de Vaudreuil juzgó que no podría socorrer á Quebec con los pocos medios que le quedaban en el campo de Beauport, y tomó el partido de retirarse hacia el cabo Rojo para juntarse con el cuerpo de Bougainville. Las tropas reunidas subieron por la margen izquierda del río san Lorenzo hasta los desfiladeros de Jacques-Cartier, cuya posición y líneas de defensa podían cubrir las avenidas de *Trois-Rivières* y Montreal. Antes de levantar el campo de Beauport, envió Vaudreuil á Ramsay, comandante de Quebec, la autorización para capitular con las mejores condiciones que pudiesen obtener, y del mismo dictamen fué un consejo de guerra que este convocó el 15 de setiembre. La guarnición se reducía entonces á trescientos soldados de línea y quinientos de marina, la mayor parte de las habitaciones amenazaban ruina y solo había viveres para algunos días.

Sin embargo las tropas que se habían retirado en Jacques-Cartier conservaban aun alguna esperanza. El 16 de setiembre llegó de Montreal su nuevo comandante, el caballero de Levis, que intentó librar á Quebec, conduciendo inmediatamente el ejército al cabo Rojo, desde donde iba á dirigirse hacia la capital; pero si bien Ramsay recibió orden suya de suspender las negociaciones ya entabladas, para obtener una capitulación honrosa, no creyó deberlas interrumpir. Firmóse la rendición el 18

de setiembre, en virtud de la cual la guarnición obtuvo los honores de la guerra, salió con armas y bagajes, tambor batiente, mecha encendida, dos piezas de artillería y doce cargas, y fué embarcada para ser conducida y puesta en tierra en el primer puerto de Francia. Jorje Townsend, que sucedió al general Wolf en el mando del ejército inglés, tomó posesión de la plaza.

Esta conquista, aunque importante, no por esto traía consigo la inmediata sumisión del Alto Canadá, donde ocupaban los Franceses la plaza de Montreal y algunas posiciones fortificadas; pero habían perdido en los primeros momentos del sitio de Quebec el fuerte de Niagara, que se rindió en 23 de julio, después de veinte días de sitio, cuya pérdida y la del fuerte de Frontenac dejaban libre á los Ingleses la navegación del lago Ontario, y les permitían dirigir por esta vía un cuerpo de tropas hacia Montreal y comarcas circunvecinas.

Las mas de las naciones indianas, situadas al norte del río san Lorenzo, se mantenían fieles á su antigua predilección para la Francia; pero los vínculos que unían á esta con las de las regiones mas meridionales, eran mas recientes y débiles; por lo que fácilmente fueron rotos. Esta mudanza acrecentó la fuerza de las colonias inglesas, por cuanto unas tribus abandonadas á sí mismas podían oponerles poca resistencia; los Cherokees fueron los únicos que osaron tomar las armas para vengar la muerte ó prisión de varios de los suyos.

Los Ingleses y los Cherokees habían soltado muchos caballos hacia la frontera común, donde los dejaban vivir en estado silvestre hasta el momento que tenían necesidad de ellos; y estos últimos, para rehacerse de los que habían perdido en una guerra anterior en que habían seguido á los Ingleses en clase de aliados, cogieron un número de caballos que pertenecían á unos habitantes de Virginia. Estos, en vez de reclamar su restitución por medios legales, lo hicieron con las armas, matando y prendiendo á muchos Indios, de cuya injuria se ofendió vivamente toda la nación;

los Cherokees usaron de represalias, y los primeros que sufrieron sus efectos fueron los Ingleses, establecidos en el fuerte Loudowny, porque la situación de este apostadero, al oeste de los Apalaches, no les dejaba ninguna comunicación libre con las demás colonias. Los soldados que se internaban en los bosques para cazar y hacer viveres, eran cojidos por los salvajes, ni podían apenas salir del fuerte impunemente, viéndose pronto reducido la guarnición á un corto radio de terreno y amenazada con todos los horrores del hambre: logró, por medio de algunos emisarios, poner en conocimiento del gobernador de la Carolina, Littleton, lo apurado de su situación, y este general dispuso inmediatamente preparativos de guerra contra los Cherokees.

Los Indios, viendo aproximarse la tempestad, empezaron á temer sus efectos, y con el fin de arreglar el asunto amistosamente, pasaron á Charleston treinta y dos de sus caudillos, á cuyo frente estaba Oconostota, gran guerrero de los Cherokees; pero Littleton se negó á darle oídos, y se puso en marcha con cuatrocientos soldados para el fuerte Principe-Jorje, situado cerca de los Apalaches; llevando consigo aquella diputación de Indios que creían viajar bajo la salvaguardia del ejército y luego se vieron detenidos como prisioneros.

Cuando hubieron llegado á las fronteras de los Cherokees, consintió Littleton en tener una conferencia con Attakulla, que era tenido por el hombre mas sabio de esta nación, cuyas esplicaciones tuvieron lugar el 19 de diciembre de 1759. Littleton reprodujo los antiguos tratados de paz concluidos con los Cherokees y las repetidas infracciones que estos habían cometido, y pidió que para espíar la muerte de veinte y dos Ingleses, se pusiesen á su disposición igual número de culpables. Dijo que los Indios ya no debían contar con el auxilio de los Franceses, porque estos habían perdido Quebec y todos los fuertes situados al mediodía del río san Lorenzo y de las grandes la-

gunas; que los Delaware, los Shawaneses y todos los Indios de los valles del Ohio habian hecho la paz con la Inglaterra; que los Choctaws le pedian su proteccion, y que si se obstinaban los Cherokees en desecharla, llamarian contra ellos no solo las fuerzas de la Carolina, sino las de todas las colonias inglesas que con ella hacian causa comun.

Despues de algunas observaciones, quedo convenida la paz con el orador de los Cherokees, mediante á que los Ingleses guardarian, como rehenes, veinte y dos caudillos de guerra hasta que se les hubiesen entregado los asesinos que reclamaban. Los demás jefes fueron puestos en libertad; pero estos, una vez libres, se empeñaron en fomentar el descontento en toda la nacion, ponderando la perfidia de los Ingleses al apoderarse de ellos en Charleston, en ocasion en que habian ido a hacerles proposiciones de paz. Las quejas de Oconostota y el ascendiente que tenia, produjeron un levantamiento jeneral; y mientras que el gobernador de la Carolina se retiraba á Charleston con los restos de su columna, en que habian hecho estragos las viruelas, la guarnicion inglesa de Principe-Jorje se vió estrechamente bloqueada. Los Indios lograron atraer al comandante á una emboscada y le dieron muerte; y sabedores de ello los del fuerte, quisieron poner grillos á los veinte y dos rehenes que tenian, los cuales intentaron resistirse y fueron todos sacrificados. Su muerte acabó de irritar á todas las tribus de Cherokees: cada familia tenia que vengar á un pariente ó un amigo; el cántico de guerra resonó en todas partes, y todos ardian en deseos de bañar sus manos en sangre enemiga. Las habitaciones de las fronteras fueron saqueadas, y los labradores huyeron despavoridos y llevaron el espanto á las ciudades.

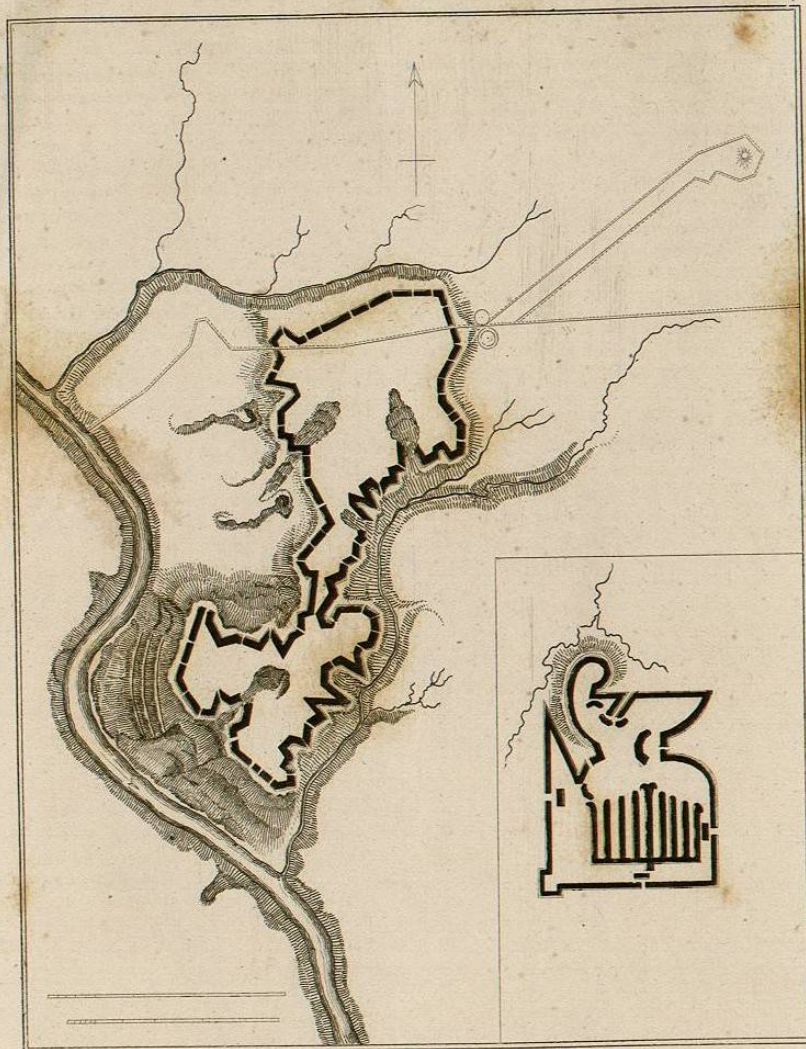
William Bull, que era el nuevo gobernador de Charleston, requirió entónces la ayuda de la Carolina del norte, de la Virginia y de la Jeorjia, y envió diputados con regalos á los Creeks, Catawbas y Chikasawas para inducirles á que marchasen contra

los Cherokees, interin llegaban de Nueva York los numerosos refuerzos de tropas regulares que esperaba, las que en efecto desembarcaron en la Carolina en el mes de abril de 1760, á las órdenes del coronel Montgomery. Este jefe tenia orden de apresurar sus operaciones contra los Indios y regresar prontamente á Albany para reunirse con el cuerpo de ejército que, á las órdenes del jeneral Amherst, debia invadir el Alto Canadá. Pasó con su division á Congarees, donde se le juntaron los voluntarios y las milicias de las colonias inmediatas, y avanzó tan rápidamente en el pais de los Cherokees, que tomó por sorpresa los lugares de Keowee, Estatoe y Sugar-town, y los entregó á las llamas: quedaron muertos sesenta Indios, se hicieron cuarenta prisioneros, salvándose los demás á las montañas; inmediatamente fué á socorrer al fuerte Principe-Jorje, y logró hacer levantar el sitio que le tenian puesto los Cherokees.

A pesar del descalabro que habian experimentado los Indios, no por esto se hallaban dispuestos á pedir la paz; y las tropas inglesas, continuando su marcha por entre un pais silvestre hasta cinco millas de Etchoe, que era el lugar principal, y atravesando profundísimos bosques y angostos desfiladeros, se vieron vivamente hostigados por un enemigo que les disputaba á palmos el terreno, que desalojado de una posicion, se rehacia en otra, y finalmente que por mas pérdidas que sufriese en las varias escaramuzas, privó á las tropas inglesas de proseguir su marcha hasta el fuerte Loudown, que aun tenia circumvalado.

Montgomery creyó que seria imprudente prolongar sus incursiones en aquella comarca, y sin quedarse mas que con los víveres necesarios para llegar al fuerte Principe-Jorje, y empleando, para trasportar los heridos, los caballos que le quedaban, pudo regresar á Charleston con su columna, atropellada por las muchas fatigas que experimentó en esta expedicion.

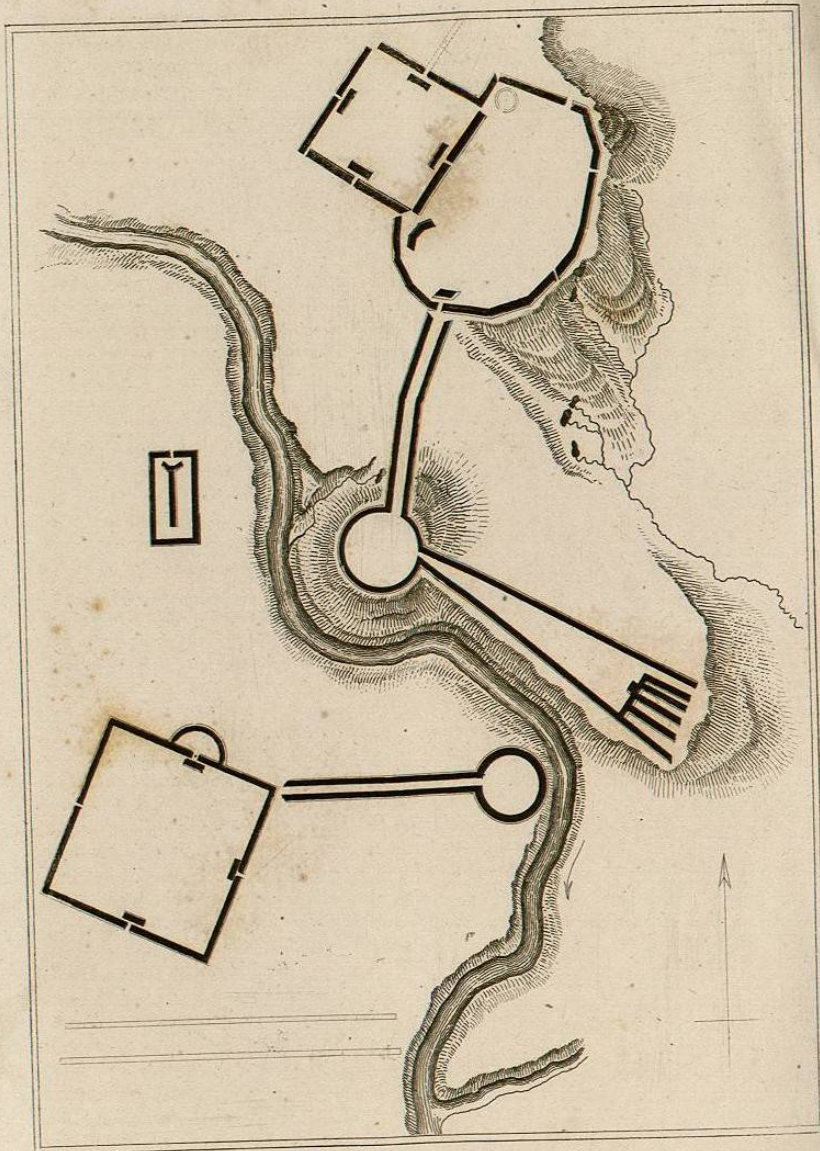
Con esta retirada perdia el fuerte Loudown toda esperanza de socor-



*Anciennes fortifications.*

Antiguas Fortificaciones.





*Anciennes fortifications.*

Antiguas Fortificaciones.

ro: su guarnicion, que solo constaba de doscientos hombres, se hallaba acosada de cerca por el enemigo, habia agotado todas las provisiones y se hallaba reducida al último apuro. Esta triste situacion la hizo tomar la resolucion de rendirse, y la capitulacion fué concluida entre el comandante del fuerte y dos jefes de la nacion Cherokee. Tratóse que la guarnicion saldria con armas y bagajes, que podria trasladarse al castillo Principe-Jorje ó á Virginia, á cuyo fin se le daria escolta y provisiones para la marcha, que los enfermos y heridos serian recibidos y tratados humanamente en las habitaciones de los Indios, y finalmente que la pólvora y todas las armas y municiones del fuerte se pondrian inmediatamente á disposicion de los sitiadores.

Esta capitulacion era la primera que los Cherokees hubiesen concluido con una guarnicion europea, conformándose en esta ocasion con los usos de las naciones civilizadas que, para poner término á las desgracias que ocasiona un sitio, dejen este último recurso á un enemigo que ya no se halla en estado de prolongar la resistencia: pero el espíritu de encono y venganza, pronto pudo mas que los sentimientos de humanidad, y la garantia que se dió á los vencidos no fué mas que ilusoria. Ya la primera noche, despues de haber salido de la plaza los Indios que debian servir de salvaguardia á la guarnicion, la abandonaron, y al dia siguiente fué atacada por otros salvajes que les hacian fuego por todas partes: treinta hombres perecieron de resultas de este primer ataque, otros se escaparon á los bosques, y todos los que pudieron cojer fueron hechos prisioneros, en cuyo número se hallaba el capitan Stuart, el cual fué rescatado por un Indio antiguo amigo suyo, que le prodigó toda clase de obsequios, y hasta le ofreció los medios de escaparse, acompañándole hasta las fronteras de Virginia: este amigo era ese mismo Attakulla, firme partidario de la paz, que ya por primera vez habia concluido, y que aun tenia esperanza de volver á

su pais. Jamás habia sido tan necesaria su mediacion, porque las hostilidades iban á reproducirse con nuevo furor: la division reinaba entre los Indios, y ya un sinnúmero de Chikasaws y Catawbos estaban prontos á marchar contra los Cherokees. El coronel Grant conducia de Nueva York á Charleston el rejimiento de montañeses escoceses, que ya habia servido en las anteriores campañas; y las fuerzas destinadas á obrar contra los Indios, llegaron al fuerte Principe-Jorje el 27 de mayo de 1761. Hicieron algunos dias de descanso, y luego marcharon pais adentro y fueron atacadas en los mismos lugares en donde lo habian sido un año atrás las de Montgomery; pero por mas que disputaron el terreno, retiráronse los Indios, y el coronel Grant, prosiguiendo su marcha, se apoderó de Etchoe, que redujo á cenizas, y la misma suerte cupo á otros catorce lugares de Cherokees. Un mes duró esta expedicion, y las devastaciones que se cometieron en el territorio de los Indios, destruyendo sus casas y cosechas, les redujeron á la mas deplorable situacion y á desear finalmente la paz. Attakulla fué otra vez encargado de conseguirla: hizo primero una composicion con el coronel Grant, y en seguida se trasladó á Charleston con muchos jefes indios para arreglar las condiciones de una paz definitiva. En la conferencia que tuvo con el gobernador y el consejo, presentó como credencial de su mision los wampums ó collares de mariscos que las varias tribus Cherokees le habian entregado, y dijo: «Vengo en calidad de enviado de toda mi nacion para veros, fumar con vosotros y volver á hallar á mis hermanos. Todo cuanto ha sucedido habia sido sin duda dispuesto por nuestro padre de arriba. Somos de color diferente; pero el Grande Espíritu es nuestro padre comun; él hizo todos los hombres, él les da y les quita la vida, y no se pasa un solo dia sin que unos vengán al mundo y otros salgan de él. Unámonos para siempre; y ya que vivimos en un inmenso territorio, vivamos tambien como un mismo pueblo.